

● JUAN LUIS RAMÍREZ TORRES

La mirada de *Anthropos*: palabra, poesía y revolución en las metáforas de Latinoamérica

Entonces todos comprobaron que
Garabombo era verdaderamente invisible...
¿Lo veían o no lo veían?
MANUEL SCORZA

Hay hombres que andan la Tierra dando la
vida sin jactancia, de manera invisible, sin
querer la mirada, más bien miran y aprenden.



Al hablar del *observador* en la ciencias sociales, Edgar Morin advierte que hay dos sociologías: una *científica* y otra *ensayística*; la primera, vanguardia; la segunda, retaguardia, cercana ésta aún a la filosofía, al ensayo literario y a la reflexión moralista. La sociología científica retoma el modelo de la física del siglo pasado, mecanicista y determinista, que busca las leyes y reglas, de causalidad lineal y unívoca, que inciden sobre el objeto aislado y despojado de su entorno, lo cual deja a dicho objeto independiente de las condiciones de observación. “Tal visión elimina del campo sociológico toda posibilidad de concebir actores, sujetos, *responsabilidad* y libertad”. Mientras tanto, en la sociología ensayística, el autor no se esconde (“dice, yo”), es decir, asume su *responsabilidad*, concibe la sociedad como integrada por actores.

Agrega Morin que la sociología científica conduce a una esquizofrenia profunda y permanente cuando el sociólogo considera la visión de

determinaciones exteriores que guían las acciones de los individuos o grupos, sin aceptar los problemas de responsabilidad. Seguirá esa esquizofrenia en tanto el sociólogo no se convierta en un hombre entre el resto de los hombres, para así conseguir el mirar actores, responsables e irresponsables, entre los cuales él mismo se vea animado por impulsos éticos. En consecuencia, transitará de una visión sociológica en la que se pierde todo rostro a una visión que identifica rostros humanos (Cfr. Morin, 2002: 23-24).

En el escenario de Latinoamérica, Mario Benedetti (Benedetti, 1978: 38) ha escrito en *Hombre que mira a otro hombre que mira*: “vos / como yo / estás asombrado”. Y esta cualidad, la del *asombro*, no debería perderse en ese mirar sociológico; esto nos debería obligar o permitir el no olvidar, al menos el volver a aprender desde el pupitre universitario, a mirar como niños: siempre maravillados, extasiados ante el acontecer humano. Esta capacidad en las ciencias sociales nos permitiría mirar, como un actor más del escenario, el drama de nuestro continente: “Nuestra tierra, ancha tierra, soledades, / se pobló de rumores, brazos, bocas. / Una callada sílaba iba ardiendo”, nos dejó escrito Neruda (Neruda, 1993: 141).

Ese ardor se ha traducido en historia, por ejemplo, “En El Salvador, como en cualquier país donde el campesino es mayoría sociológica, la revolución que comienza tiene que ver con este sector [...] la revolución ha nacido del movimiento campesino” (Cabarrús, 1985: 83). Labradores cuyos brazos han cultivado la tierra, esa madre-tierra, divinizada desde la antigüedad precolombina, que posteriormente ha forjado a otras madres-diosas veneradas en la religiosidad popular, convertidas en vírgenes y santas. Esas mismas imágenes, esos mismos cultos y esa fe atestiguaron el asesinato, el 24 de marzo de 1980, de un ministro religioso: Monseñor Óscar Arnulfo Romero, quien días antes, dirigiéndose a los hombres del ejército, había expresado: “En nombre de Dios [...] les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: cese la represión”. Los funerales de Monseñor Romero fueron una segunda ocasión para el sufrimiento, a éste acudieron “sus queridos campesinos, las viejecitas de los cantones, los obreros de la ciudad, [y] algunas familias adineradas”,¹ quienes serían actores de otro drama sumado a la historia de nuestro continente:

Más de treinta muertos. Más de quinientos heridos [...] La multitud, primero sorprendida y estupefacta, cede pronto al

pánico [...] Oleadas humanas se aplastan unas contra otras y contra las rejas de la catedral. Cuerpos que desaparecen, ahogados, pisoteados. Las balas crepitan entre los gritos de espanto. Sacerdotes, entre los que se cuenta el padre Miguel Escoto, ministro de Asuntos Exteriores de Nicaragua, cogen el fétetro y lo cobijan dentro de la catedral, tras lo cual se precipita parte de la multitud. La avalancha producirá más muertos. El cuerpo de monseñor Romero es enterrado precipitadamente en una cripta mientras que, fuera, el tiroteo arrecia [...] Decenas de cuerpos yacen en la plaza de Barrios alfombrada de zapatos abandonados, banderines rotos, octavillas y retratos de monseñor Romero hechos girones [...] (*L'Express*, 1980)

Y la callada sílaba va ardiendo y el poeta Manlio Argueta escribe:

cómo es posible que en un país
tan chiquirritico
quepan tantos muertos.
Y tantos fusiles
en un solo país y tantas balas,
y tantos aviones
como quien va a poner un negocio
de carnicería.²

Surge así, entre esta fragua, aunque con una historia organizativa propia, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, que encabezará una insurrección popular armada durante poco más de una década.

La efervescencia salvadoreña no camina sola, Guatemala y Nicaragua

1 <http://www.romeroes.com/biografia/espanol.htm>

2 Manlio Argueta, poeta salvadoreño.

viven procesos sociales mediados por la guerra civil en el interior de sus fronteras nacionales; de tal manera, lo sucedido en un país configura toda Centroamérica, y esta región, a su vez, incide sobre la vecina República Mexicana. A esta última arriban numerosos protagonistas de dichos sucesos, perseguidos políticos que en territorio mexicano participan de actividades académicas, intelectuales y artísticas sin divorciarse del compromiso social establecido con sus países de origen. En ellos, la mirada continúa dirigida hacia la tierra de origen: su responsabilidad social está viva.

Las décadas de los setenta y parte de los ochenta, a raíz de las experiencias ocurridas en Centroamérica, dejaron una enseñanza de responsabilidad social y ética, fundamentada en el *Don-ar*, esto es, en la entrega del uno al otro, acto amoroso pero también sociológico sin el cual la especie humana sencillamente no hubiese permanecido sobre el planeta. Marcel Mauss ha señalado que la obligación contraída entre colectividades de *dar* y recibir es nuestro antecedente gestativo, ya que “El *homo economicus* no es nuestro antepasado, es nuestro porvenir, al igual que el hombre de la moral y del deber, al igual que el hombre de ciencia y de razón. El hombre, durante mucho tiempo ha sido otra cosa. Hace sólo poco tiempo que es una máquina complicada con una máquina de calcular” (Mauss, 1971: 257).

La mística del espíritu solidario que dio base conceptual a movimientos como los referidos encuentra palabras en el pensamiento de Ernesto Guevara:

“El revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor”. Tal afán amoroso se despliega entre la militancia política, la actitud personal e incluso las expresiones poéticas:

y los grillitos
pálidos de tu sinfonola
traigan
la luna

Bruja especializada en arterias del corazón.

(Valencia, 1998: 17)

Líneas dejadas por la pluma de Uriel Valencia, salvadoreño radicado en México, afincado en la región del valle de Toluca; profesor de la Universidad Autónoma del Estado de México en su condición de antropólogo y lingüista, es decir, de observador de lo sociológico. Su mirada, sin embargo, era desde el otro, desde el prójimo; mirada desinteresada del poder para el yo. Actor de un drama donde el centro de *Ego* era el *Tú*. El *otro*, para sí, fue su paso rítmico, como el que miré muchos en las terminales de autobuses, entre la ciudad de



Luisa Isabel Montserrat López Salas, 088 instalación, 50 × 60 × 30.

México y Toluca; esa misma danza de su andar que por igual miré en otras latitudes, más próximas a las suyas, en aquel desayuno sólo suyo de avena y fruta, previo al autobús que lo llevaría, por última vez, a su tierra. Toluca, después, sería su puerto de retorno.

alguna vez caminé por las calles de San Salvador
 las arterias de su vientre
 calentaron mi rostro
 mis manos
 mis sueños
 me dieron poesía por pan
 y sobre su lomo enrollé su juventud
 y mi nombre
 ¿quién seré ahora cuando estoy ausente?
 ¿quién?
 pregunto
 si yo la lloro sobre los adoquines
 y el frío que golpea mi ceniza
 porque sabiéndola lejana el corazón me piafa
 y la tristeza me la coloca en los ojos
 como un letrerito
 que quisiera que todos leyeran
 en esta otra ciudad
 que amo...

(Valencia, 1998: 35)

Poema de Uriel titulado *Toluca 3:00 a.m./95*. Escrito en la oscuridad, como su trabajo académico. Silencioso como, acaso, su quehacer político, discreto. Neruda repite: “Una callada sílaba iba ardiendo / congregando la rosa clandestina, / hasta que las praderas trepidaron / cubiertas de metales y galopes”.

La pluma de Uriel fue la del escritor, del intelectual, del académico, del docente, del militante; todo ello junto en su actuar sin protagonismos, tal vez porque fuera educado en esa escuela ética de la efervescencia política centroamericana y latinoamericana, donde asume su papel en el teatro de la historia social en América. En el final, pidió que le acompañaran sus banderas, la de El Salvador y la de su compromiso político, es decir, la de sus responsabilidades sociales, sociológicas.

Valencia respetó el Don del *don-arse*, del darse y ser a través del acto amoroso por el otro. Miró siempre a distancia los arrebatos del poder y por el poder, que son, acaso, las expresiones extremas de la ingratitude y de la inmunidad

social, opuestas a la gratitud y la responsabilidad éticas. Su mirada de *Anthropos*, esto es, desde el centro del asumirse actor humano y, por ende, social, hizo de él un hombre actuante, responsable y no inmune; fue el ojo de un observador que no desintegró el *universum* humano gracias a la objetividad científica del analista y a la subjetividad del poeta.

Por ello, sus muchos pasos sobre los pasillos universitarios de Toluca fueron imperceptibles, no porque su trabajo fuera intrascendente (redactó abundantes páginas sobre el náhuatl del Estado de México), sino porque la humildad lo invadió y tornó etéreo, que es una manera generosa de *ser* en la universidad.

“Entonces todos comprobaron que Garabombo era verdaderamente invisible... ¿Lo veían o no lo veían?” (Scorza, 1972: 13). *IA*.

BIBLIOGRAFÍA

- Argueta, Manlio (1980), en *El Salvador*, revista internacional de las LP-28 [Ligas Populares “28 de febrero”], Núm. 2, mayo.
- Benedetti, Mario (1978), “Poemas de otros”, en *Inventario*, México, Nueva Imagen.
- Cabarrús S. J., Carlos R. (1985), “El Salvador. De movimiento campesino a revolución popular”, en Pablo González Casanova (coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, México, Siglo XXI.
- L'Express* (Francia), 1 de abril de 1980.
- Mauss, Marcel (1971), *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos.
- Morin, Edgar (2002), *Sociología*, Madrid, Tecnos.
- Neruda, Pablo (1993), “Canto General” [fragmento], en *Antología poética*, Madrid, Planeta.
- Scorza, Manuel (1972), *Historia de Garabombo, el invisible*, Barcelona, Planeta.
- Valencia, Uriel (1998), “Amor la lluvia de la muerte”, en *La canción de Dirse*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura.
- <http://www.romeroes.com/biografia/ espanol.htm> consultada el 6 de julio, 2007.